

www.puntodelectura.com

FERNANDO LÁZARO CARRETER

El nuevo dardo en la palabra

punto de lectura



Fernando Lázaro Carreter (Zaragoza, 1923-Madrid, 2004) fue uno de los lingüistas más prestigiosos de España y Latinoamérica, y renovó profundamente la enseñanza de la lengua española. Ha sido catedrático de Lengua Española en la Universidad de Salamanca y en la Autónoma de Madrid, director de la Real Academia (1991-1998) y doctor *honoris causa* por numerosas universidades. Entre sus publicaciones figuran estudios lingüísticos y literarios fundamentales, como el *Diccionario de términos filológicos* o *Construcción y sentido del «Lazarillo de Tormes»*.

FERNANDO LÁZARO CARRETER

El nuevo dardo en la palabra

Título: El nuevo dardo en la palabra

© 2003, Fernando Lázaro Carreter

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: mayo 2007, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-6954-1

Depósito legal: B-16.777-2007

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Gráfica

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

El nuevo dardo en la palabra

Índice

<i>Prólogo</i>	13
1999	31
Buenas madrugadas	33
El rollo	38
Supertriste.....	43
Comentar.....	47
Jacos de Troya.....	52
Telefonía sin tildes	57
Escritura electrónica	62
Espíritu de geometría.....	67
Oratoria electoral	72
Calcinar	76
2000	81
Chuzos sin punta.....	83
En repulsa	88
De cine	93
Babel.....	98
Zurrando el cuero.....	103
El socio	107

En sede parlamentaria	112
Hablar versátil.....	117
Celebraciones	122
Brotos cataclísmicos.....	127
Vísperas navideñas.....	131
Entrando en año	135
2001.....	141
Alud de excepciones.....	143
Reforma	148
Onda expansiva	153
Primavera verbal.....	158
Para nada.....	163
Desde el proscenio.....	168
Lenguaje ortopédico.....	173
Retrato de familia.....	177
Sin paliativos	182
Talibanizando	187
Ya inventamos.....	192
Novísimos.....	197
2002	203
Epifanías.....	205
Rumbos.....	210
Con algún género de dudas.....	215
Se habla español.....	220
De campo	225
Libro verde.....	230
Ante julio.....	235

La tostada	240
No exportamos.....	245
Provocaciones.....	250
Reveses	255
¿Especialidad?: Generalista.....	260
Parejas de hecho	265
Con los deberes hechos.....	270
Brindis triste	274
Vigor y elegancia de la lengua castellana... ..	279
Índice de términos.....	283

Prólogo

La acogida excepcional que, hace cinco años, obtuvo la compilación de artículos aparecidos con el título de *El dardo en la palabra*¹, me ha movido a reunir en otro volumen el conjunto de los que he publicado durante los cuatro últimos años en el diario madrileño *El País*. Lo hago con el deseo de que, juntos en un libro, se salven de la volatilidad aneja a la prensa y sean fácilmente consultables por los lectores.

Procurar que el idioma mantenga una cierta estabilidad interna es sin duda un empeño por el que vale la pena hacer algo, si la finalidad de toda lengua es la de servir de instrumento de comunicación dentro del grupo humano que la habla, constituyendo así el más elemental y a la vez imprescindible factor de cohesión social: el de entenderse. Pero la estabilidad absoluta de ese sistema es imposible y, si lo fuera, resultaría gravemente nociva para los hablantes: por el lenguaje entramos en contacto con el mundo nuevo que sobreviene constantemente y al que la sociedad debe incorporarse para no

¹ Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1997

quedar demasiado lejos de la vanguardia humana. Por ello, los idiomas cambian, inventando voces, introduciendo las de otros o modificando las propias, lo cual produce una fluctuación, a veces fuerte, del sistema lingüístico. Entre las dos tensiones, la de permanecer y la de cambiar, los hablantes van adoptando soluciones distintas, no siempre indiferentes: si muchas se incorporan fácil y útilmente al idioma, otras, en cambio, por causas distintas, manifiestan una indisciplina que hace peligrar la intercomunicación entre millones de hablantes, como es nuestro caso, y podría poner a punto de zozobra el futuro de la comunidad de los hispanohablantes, que, por el momento, se funda en su demografía colosal; fragmentado y diversificado el idioma común, disminuiría de modo pavoroso la fuerza de las parcelas resultantes.

De ahí que su mantenimiento y la máxima unidad en los cambios sea cuestión esencial, desatendida, en general, por los Gobiernos —que poseen el arma decisiva de los planes escolares— y que recaiga casi toda la responsabilidad idiomática en los medios de comunicación. No es unánime la asunción de tal incumbencia entre éstos; casos hay, sobre todo en los audiovisuales, donde ni siquiera se sospecha que esa misión les corresponda. Y ello porque muchos comunicadores piensan que se conquista la adhesión de los oyentes y espectadores dejando sin controles la expresión, aplebeyándola, a veces hasta su envilecimiento; en eso consiste, según sus ideas, hablar «el lenguaje de la calle». (Naturalmente, es el de la calle de la ignorancia).

De ese modo, dada la situación actual, esa incumbencia corresponde esencialmente a los hablantes a

quienes una enseñanza primaria y secundaria responsable ha sensibilizado para estas cuestiones, les ha imbuido una conciencia crítica y alerta, y los ha inducido a la lectura. A quienes mantienen esa atención o desean adquirirla van destinados estos «dardos», que proponen a sus lectores reflexiones idiomáticas sin pretensión de infalibilidad, antes bien, con el deseo de establecer un contraste con otros sentimientos del lenguaje. Aunque las turbulencias afectan también a la sintaxis —alarmantemente puerilizada— es en el léxico donde más chocan, y a él se consagra la mayor parte de estos artículos.

La intrusión de voces nuevas en cualquier idioma, en el nuestro por tanto, suele motivar reacciones poco complacidas, incluso entre quienes cada día viven inmersos en un ambiente anglosajón, y se ponen un *slip* y no unos calzoncillos, o se meten en unos *pantys* y no en unas medias, sin percibir que, llamándolos así, están ofendiendo el que creen sagrado honor de nuestra lengua. Parece evidente que el mundo moderno se encamina hacia la neutralización de las diferencias de costumbres, modas y gustos mediante la adopción, no sólo voluntaria sino entusiasta, del modelo de vida norteamericano. Poco a poco o con rapidez, nuestra sociedad se está apropiando de gestos mentales distintos a los precedentes que, como resultado de la acción del tiempo, podía considerar suyos, aunque en parte fueran también importados. Los entrenadores de fútbol ya no suelen recomendar furia a sus jugadores, sino que se relajen, mucho *relax*; un ansia universal de relajación nos ha invadido (antes, la *relajación* era mala cosa; la definían así los austeros académicos que, en 1817, la introdujeron en el

Diccionario: ‘Decadencia de la debida observancia de la regla o conducta que exigen las buenas costumbres, o de la disciplina y buen orden que se debe observar en cualquier profesión’). Se estudia y se trabaja también con música *relajante*. Vestimos *vaqueros* a la moda de Tejas, desayunamos *cereales* a la americana, endulzamos el café con *sacarina*, acudimos al trabajo en un *automóvil*, y aliviarnos las *retenciones* escuchando un *compacto* de música *pop*; buscamos con ahínco *aparcamiento*, estamos en la oficina con *aire acondicionado*, y cumplimos con lo que exige nuestra *plena dedicación*, ocupándonos de asuntos *puntuales* para ajustar nuestro trabajo a la *filosofía* de la *firma*; hacemos huelga para exigir un aumento *lineal* que compense la *inflación*. Otros vamos al *campus* universitario para hacer un *master* en *software*. Comemos en un *snack* de *autoservicio* tal vez un *perro caliente* con cerveza *light*, volvemos a casa, consagramos algún tiempo a nuestro *hobby*, que es quizá algo de *footing* por la vecindad, seguido de más *relax*, con un *whisky*, un *bourbon* o un *maría sangrienta* mientras picamos *frutos secos*, y *debatimos* con la esposa o compañera o compañero *sentimental* el próximo *fin de semana*; comentamos un interesante *reportaje* del *magazine* acerca de los *famosos* y *famosas* que se han hecho un *lifting*. La cena, en que no faltan *vegetales* por su benéfica *fibra*, y algún plato *precocinado*, da paso a la *televisión* donde veremos un *serial* norteamericano, un *filme* de *suspense*, o un *western*.

Este movimiento anímico, que pasa de lo autóctono a lo advenido con o sin conciencia de hacerlo, y que lleva a unos hablantes a rechazar, a otros a admitir y a los más a hacer ambas cosas, no delata hipocresía, ni, si se

me apura, contradicción, sino que constituye una evidencia de cómo vive el idioma en la cabeza de los hablantes, en nuestra alma. Lo hace entre el repudio de lo alienígena, porque nos desvirtúa, y la aceptación resignada, entusiasta o inadvertida de cuanto lo renueva y lo hace más útil para vivir con los tiempos.

Es fácil predecir que esta pugna entre ambos extremos no acabará nunca, al menos, mientras no cambie, y va para largo, todo aquello que la civilización grecolatina legó a la nuestra. Porque, en efecto, el problema ya se sentía en Roma, con el griego flanqueándola por todas sus orillas: Horacio nada menos, canon de la latinidad, defendía la licitud de emplear vocablos recientes en lugar de los viejos, aceptando con melancolía que, decía, «la muerte ejerce sus derechos sobre nosotros y sobre nuestras cosas».

¿Cuándo comienza ese pequeño —o no tan pequeño— drama en España? No pudo empezar, es claro, mientras no se sintió que el idioma estaba plenamente constituido y lo reconocieran así los hablantes; sólo entonces podían empezar a producir extrañeza las presencias no familiares. Ello ocurre a partir del Renacimiento, es decir, durante la primera mitad del siglo XVI. Surge entonces una conciencia crítica —por supuesto no unánime— acerca de lo propio y de lo ajeno en el idioma; da testimonio de ello Juan de Valdés, el cual, comentando en su *Diálogo de la lengua* la abundancia de arabismos, asegura que «el uso nos ha hecho tener por mejores los [vocablos] arábigos que los latinos; y de aquí es que decimos antes *albombra* que *tapete*, tenemos por mejor vocablo *alcrevite* que *piedra sofre*, y *azeite* que *olio*». He aquí,

pues, reconocida por Valdés, una causa fundamental del neologismo: el tenerlo por mejor que el término propio sin causa aparente. No olvida, como era de esperar, la otra causa más palmaria: la necesidad de servirse del término árabe para «aquellas cosas que hemos tomado de los moros», dice, sin tener manera neolatina de nombrarlas.

Más adelante, declara su posición ante las voces nuevas, que en aquel momento casi sólo podían ser italianas, pues lo proveniente del latín parecía de casa. Valdés, quien interviene con su nombre en el *Diálogo*, enumera algunas que el castellano debería adoptar, como *facilitar*, *fantasía*, *aspirar a algo*, *entretrejer* o *manejar*, por lo cual sufre el reproche de otro de los coloquiantes, Coriolano, precoz purista: «No me place que seáis tan liberal en acrecentar vocablos en vuestra lengua, mayormente si os podéis pasar sin ellos, como se han pasado vuestros antepasados hasta ahora». Otro tertuliano, Torres, interviene con decisión: cuando unos vocablos ilustran y enriquecen la lengua, aunque algunos, se le hagan «durillos», dice, dará su voto favorable y, «usándolos mucho», prosigue, «los ablandaré». Un cuarto personaje, Marcio, toma la palabra: «el negocio está en saber si querriades introducir estos por ornamento de la lengua o por necesidad que tenga de ellos». A lo que Juan de Valdés contesta resolutivamente: «Por lo uno y por lo otro».

He aquí, pues, planteado ya el problema a la altura de 1535, bien manifiestas las actitudes fundamentales en torno al neologismo, que habrán de ser constantes con el correr de los siglos hasta hoy. El *Diálogo de la lengua* ofrece, además, un testimonio muy importante acerca de

otro fenómeno que induce la mutación en los idiomas: la sensación de vejez que rodea a ciertas palabras, y la necesidad que sienten las generaciones jóvenes de sustituirlas por otras de faz más moderna, la que antaño había llevado, por ejemplo, a cambiar *ayuso* por *abaxo*, *cocho* por *cocido*, *ca* por *porque*, o *dende* por *de ahí*.

Durante el siglo XVII, el prurito innovador fue máximo en la literatura, aunque muchas novedades no fueron asimiladas por el pueblo común, al que, como es natural, no llegaban las osadías de Herrera o de Góngora, y ni siquiera las que oían a sus predicadores: el goteo de sus novedades apenas si caló en la lengua común, y no pocas fueron ridiculizadas en papeles de regocijo. Pero sobre esa lengua de todos, he aquí lo que pensaba fray Jerónimo de San José, en su *Genio de la Historia*, de 1651: aunque la decadencia española era ya patente, aún se mantiene el orgullo imperial, el brío español, dice, «no sólo quiere mostrar su imperio en conquistar y avasallar reinos extraños, sino también ostentar su dominio en servirse de los trajes y lenguajes de todo el mundo, tomando libremente lo que más le agrada y de que tiene más necesidad para enriquecer y engalanar su traje y lengua, sin embarzarse en oír al italiano o francés: este vocablo es mío; y al flamenco o alemán: mío es este traje. De todos con libertad y señorío toma, como de cosa suya [...]; y, así, mejorando lo que roba, lo hace con excelencia propio». Los neologismos, lejos de causar aprensión, constituían, pues, un honroso botín.

El francés, como es sabido, impone su yugo al resto de los idiomas europeos durante el siglo XVIII en coincidencia con la instalación de la dinastía borbónica en

Madrid y con una aflictiva depauperación cultural de España, especialmente patente en el cultivo de la filosofía y de las ciencias naturales, porque no se ha contado con nadie comparable a un Descartes, a un Pascal, o Kepler o Galileo; los «novatores» del XVII, cualquiera que sea su importancia indicativa de una conciencia más lúcida que la dominante, no podían contrarrestar la infecundidad de ésta.

Los franceses marcan la pauta de la modernidad, y nuestros hombres más reflexivos señalan el camino que deben seguir los españoles para instalarse en ella. Como paso previo, hay que asimilar el saber de nuestros vecinos, estudiándolo. Para lo cual, deben vencerse creencias sólidamente arraigadas. El siempre benemérito P. Feijoo lanzará una proposición escandalosa: que los jóvenes no sean obligados a estudiar latín y griego, pues las obras maestras escritas en tales lenguas ya están traducidas a los idiomas modernos. Que aprendan, en su lugar, lenguas vivas, y, en primer término, el francés, en el cual, afirma, «hablan y escriben todas las ciencias y artes sutiles». Fue enorme el revuelo que produjo esa *Carta erudita* de 1756 por su carácter revolucionario, y porque caía en medio de un fuerte afrancesamiento de las costumbres y de la parla diarias, sometido a fuertes polémicas. Es por entonces cuando el problema del neologismo sale de los círculos minoritarios de escritores y letrados, para dar lugar a un verdadero y secular debate público.

Cobran cuerpo, en efecto, aquellas posturas que veíamos tan bien esbozadas en el *Diálogo de la lengua*; las resistentes se agrupan por entonces en torno de dos actitudes hermanas: casticismo y purismo. El casticismo

había surgido en la primera mitad del siglo XVIII, apoyado por la Academia, que, al determinar cuáles eran las palabras legítimamente castellanas, patrocinaba directa o indirectamente su empleo y, en su caso, la resurrección de las que eran de casta. La Academia no fue fundada, en realidad, para combatir los galicismos, porque aún no constituían problema en 1713; su propósito fue sólo el de «fijar» la lengua, que, según ella, había alcanzado su perfección en los Siglos de Oro. Será más tarde, ya en la octava década del siglo, cuando dicha institución abandone aquella actitud, en cierto modo neutral, hostigada por una opinión muy extendida que la juzgaba inoperante. Cuando convoca en 1781 el concurso para premiar una sátira contra los vicios introducidos en la poesía española, se incorpora al otro movimiento, gemelo, pero no coincidente. Porque mientras el casticismo limita su aspiración a mantener activo el caudal léxico castizo, el purismo es una fuerza que pugna indignadamente contra la novedad.

Son, como es de rigor, los más inquietos espíritus del siglo quienes intentan romper el encorsetamiento de idioma. Feijoo había emitido opiniones tajantes: «¡Pureza! Antes se deberá llamar pobreza, desnudez, miseria, sequedad»; [los puristas] «hacen lo que los pobres soberbios, que quieren más hambrear que pedir». Para introducir un neologismo, no es preciso que nos falte un sinónimo: es absolutamente valdesiano cuando afirma: «basta que lo nuevo tenga o más propiedad, o más hermosura, o más energía». Jovellanos desdeña a las personas «escrupulosas», dice, que se han alarmado por la impureza idiomática de su tragedia *Pelayo*. El

primer Capmany asegura que «todos los puristas son fríos, secos y descarnados». José Reinoso, en la Academia de Letras Humanas de Sevilla (1798) reconoce el derecho que tiene toda persona instruida a innovar con tiento. Álvarez Cienfuegos un año después, hablando con el lenguaje de la Revolución francesa en sesión solemne de la Academia Española, expone que lo humanitario, lo fraternal, anula todas las diferencias de castas, pueblos y lenguas, y se pregunta: «¿Por qué no ha de ser lícito a los presentes introducir en la lengua nuevas riquezas traídas de otras naciones?... ¿No es una preocupación bárbara el querer que cada lengua se limite a sí sola, sin que reciba de las otras los auxilios que pueden darle y que tan indispensables son para los adelantamientos científicos?».

Durante el siglo XIX, se producen hechos importantes en el vivir de todas las lenguas y, como es natural, en el español. Las convulsiones políticas resultantes de la Revolución francesa y los exilios motivan numerosos neologismos correspondientes a un cierto modo de vivir y convivir. Los liberales y los románticos aportan entonces abundantes términos ingleses y franceses. La libertad en política y en arte instauran una nueva realidad, antes, aparece en la América insurgente que en España, y, por supuesto, mucho antes de que la Academia se diera por enterada. En la lengua de un hispano culto y políglota como fue Simón Bolívar, tan bien estudiada por Martha Hildebrandt, abundan muchos vocablos que tardarían en entrar en el *Diccionario*. Adopta del francés, numerosas voces, como digo, a la vez o antes que en España. Así, emplea normalmente *patriota*, en documentos de 1812,

vocablo al que no dará entrada nuestro principal vocabulario hasta 1817: del mismo modo, utiliza en 1813, *terrorismo*, término que un benemérito lexicógrafo nuestro, Núñez de Taboada, en contacto profesional con idiomas extranjeros, introduce en su diccionario de 1825; la Academia no lo hace hasta 1869, advirtiendo, con evidente desfase, que «es voz de uso reciente». Bolívar usa *liberticida* en 1826, que no llegará a nuestro *Diccionario* hasta 1931, más de un siglo después. Se refiere a cortes *constituyentes* en 1826; tardará cuarenta y tres años en ser oficialmente reconocido tal adjetivo. Recurre también a *diplomacia* en 1825; aquí tardó siete años en asomarse a nuestro léxico. *Secretario de Estado*, que entra en 1936, era voz usada por Bolívar en 1818. Emplea palabras como *congreso*, *rifle* y *complot* bastante antes de que fueran consideradas por la Academia. Sin embargo ésta, como siempre, hizo lo que pudo y, en la edición de 1852, cuando ya eran Académicos varios de los escritores que habían padecido destierro por la represión absolutista, se hispanizaron numerosos extranjerismos en «todos los ramos de la instrucción pública», según se hizo notar en el prólogo.

Fue muy liberal y hasta libertario en lengua el siglo XIX, y así lo reconocía anatematizándolo, uno de los múltiples Coriolanos que, desde el *Diálogo* de Valdés, le han ido surgiendo al idioma hasta hoy, el padre Mir, que, en 1908, confesaba este piadoso propósito: «Téngome puesta la penitencia de rogar a Dios nuestro Señor por todos los galicistas, a fin de que, torciendo del mal camino, se conviertan de sus malos pasos a los de la purísima lengua, en honra, lustre y servicio de nuestra nación».

Pero, en fin, esta historia de criterios opuestos es interminable. Ornamento o necesidad, según dictaminó Juan de Valdés hace más de cuatro siglos, deben atraer y atraen voces nuevas. Sobre la necesidad, no cabe opción: las cosas que se adoptan, como algunas que antes hemos nombrado y, por supuesto, muchos tecnicismos, entran sin demasiadas reticencias con su nombre ajeno tal cual (*sandwich*) o calcado (el *ratón*, inglés *mouse*, del ordenador). El problema se plantea conflictivamente ante el primer término de la disyunción de Valdés: el ornato. Muy posiblemente, él lo entendía como simple embellecimiento, o porque lo nuevo sonaba mejor, o porque arrumbaba material envejecido (*amante*, traído del poético y prestigioso italiano, para sustituir nuestro medieval *amador*). Hoy subsisten esas causas, como es natural, con matizaciones muy diversas. Así, hay vocablos que parecen feos por rudos, se evitan y se sustituyen; *sostén* nombraba tal prenda en el Diccionario desde 1927; sin embargo, este vocablo, empleado con frecuencia sugerentemente («No era consciente de su leve falda airosa, de que no llevaba sostén bajo la blusa...», Marsé. «Cuando aparece por fin a la puerta de la choza sin el vestido de percal, cubierta sólo con las bragas y el sostén, el hombre se abalanza a ella como un animal macho en celo», Grosso), pareció tosco, y *sujetador* acudió a reemplazarlo entre abundantes hablantes, con la acepción neológica actual; por los años sesenta lo escribe Delibes, y en 1984, sin prisas, lo reconoce la Academia. Historia parecida puede ser la de *taparrabos*, que desde el XVIII nombraba el trapo circunstancial de pueblos exóticos y de poca crianza, que, por los años veinte, se puso de moda

para designar también el *cache-sex* para varones de todas clases, pero que hoy cede claramente ante el recuperado *bañador* (figura en el Diccionario desde 1884 en su significado de ‘prenda de baño’), que no marca diferencias y ofrece así la ventaja democrática de cubrir por igual a hombres y mujeres. (Lo cual ocurre también con el *tanga*, cuyo nombre de origen tupí, llegado a Europa a través del portugués, sirve para designar la miniatura absolutamente desinhibida del bañador unisex, más acorde con la actual franqueza de costumbres). Todas estas cosas, y muchas más, constituyen ornatos valdesianos del hablar.

Otras veces, los cambios «embellecedores» obedecen a causas sociales: es muy palpable el retroceso del término *obrero*, mientras aumenta *trabajador*; en los cinco últimos lustros, el archivo académico registra unos ocho mil casos del primero, y se aproximan a veinte mil los de *trabajador*; voz que neutraliza las connotaciones molestas de *obrero*, incluida la de incultura: hay, incluso, numerosos profesores que, allá ellos, gustan clasificarse como *trabajadores de la enseñanza*.

Y son, sin duda, las más frecuentes aquellas galas que el idioma recibe desprendiéndose de lo *malsonante* (*hacer el amor*) o blasfemo (*mecachis en la mar*) y de lo fisiológicamente sucio, por donde se entra en el eufemismo neto. La Academia, al definir el viejo vocablo *mear* en 1734, advertía: ‘Dícese con más policía *orinar*’. Pero aun esto se ha considerado agreste, y se ha abierto camino el galicismo *hacer pipí*, presente en francés desde fines del siglo XVII y reconocido por nuestro Diccionario en 1984, aunque su generalización se documenta veinte o

treinta años antes. Después, relegado el *pipí* a la lengua infantil, apareció la onomatopeya *hacer pis* (en relación con el inglés *piss*, del francés *pisser*), palabra que hoy no se evita si urge usarla, y que es de mucha mayor «poli-cía», dónde va a parar, que *mear* o incluso *orinar*.

Pero está el otro impulso para los cambios, el de la necesidad de ellos o de las palabras nuevas: ¿cuándo ac-túa? Repetimos que, de manera imperiosa, cuando hay que nombrar las cosas, muchas de ellas extranjeras, que van apareciendo y que antes no tenían nombre, en ciencia, técnica, política, economía, sociología, artes, modas... Se trata de una precisión, diríamos, objetiva, impuesta por el mundo. Pero hay otros tipos de necesidad. Está, por ejemplo, la de quien precisa lucirse personalmente, distin-guiéndose del vulgo, y dice *almorzar* por ‘comer al medio-día’. El prestigio de lo nombrado —y es muchas veces preciso ponerlo ante ojos y oídos— se impone también como causa de necesidad para la innovación. Es casi segu-ro que una clínica se quedaría sin clientela si en lugar de anunciar *liftings* ofreciera *estiramientos de piel*; por tanto, *lifting* es palabra imprescindible. La vieja *permanente*, pri- vilegio de ciertas mujeres pudientes en la primera mitad del siglo XX, se generalizó y fue haciéndose hortera; la téc- nica del *moldeado* acudió a sucederla con prestigio. Para llamar al *balonvolea*, muchos implicados en ese juego pre- fieren *volleyball*; el *golf* no agradaría tanto si se hispaniza- ran *fairway*, *green*, *putt* o *drive*; ni el tenis sin el *smash*, ni el *waterpolo* sin este nombre: el empleo de tales voces confie- re reputación de entendido frente a los ignaros, y por tan- to se sienten como ineludibles para atraer admiración a la cosa y, por tanto, a quienes la llaman así.

Los xenismos o extranjerismos que se introducen sin maquillaje castellano alguno, tal como se escriben en su lengua de origen, e incluso se pronuncian mejor o peor que en su procedencia, penetran ahora con suma facilidad en todas las lenguas; y ello, porque el acceso a las cosas que designan ya no es privilegio de una minoría distinguida, como antaño, y porque sus nombres entran por los ojos: el alud avasallador de la publicidad en prensa y televisión constituye una imparable vía de penetración de xenismos, anglicismos sobre todo, que, poco a poco, van configurando de modo distinto la estructura de nuestro léxico y de nuestra escritura. Durante el siglo XIX y gran parte del XX, se adoptaron múltiples vocablos sólo o casi sólo por el oído. Entró, por ejemplo *tricotosa* (del francés *tricoteuse*), porque es así como sonaba en los talleres textiles, con una pronunciación hispanizada sin pretensiones. El léxico del ferrocarril ofrece testimonios claros de que esto fue así: voces como *vagón*, *rail*, *compartimento*, *túnel* o *ténder* se incorporaron al español desentendiéndose de la escritura inglesa. En el fútbol, que empezó a jugarse en España hace poco más de un siglo, ocurrió igual: ahí están *fútbol* mismo, *gol*, *penalti* o *córner*; pero, en deportes más modernos, el extranjerismo se muestra con su faz por las causas que hemos dicho.

Hoy han encontrado acomodo en nuestro vocabulario múltiples palabras de esos tipos, que no ocultan su naturaleza forastera a personas con alguna instrucción (quienes no la tienen, consideran tan propios *butic* y el letrero *boutique*, como *botica* o *bodega*), pero ahí están avanzando por necesitarlas el lenguaje de todos o sólo el de algunos. Con mayor facilidad ingresan los términos

que, si acaso, requieren un leve retoque para hacerse hispanos; por lo cual, se extiende un rápido certificado de nacionalidad a *crucial*, por ejemplo, o a *informal* o a acuerdo *puntual*, o a *prefabricado*, *inflación*, *cibernética*, o *líder* y *procesar* datos: se dejan pronunciar, algunos existían en español con significado distinto, y no parecen los rotundos extranjerismos que son. Por supuesto, se normalizan enseguida los calcos, esto es, los términos que traducen el original, como lo fue en el XIX *madre patria* (*la mère patrie*), y más tarde *luna de miel* (*honeymoon*) o, en nuestros días, el ya citado *ratón* con que ponemos *negro sobre blanco*.

* * *

De estas cuestiones, de la vivaz presencia de las palabras en el escenario de la lengua tratan los «dardos» siguientes. No son en ningún momento «puristas», con la carga de desprestigio que, como vimos, acompaña desde hace siglos a las actitudes intransigentes con los cambios en la lengua «de siempre». Las neologías son precisas, anejas a la evolución de las sociedades y de los individuos. Cuando un término nuevo se inserta entre nosotros para nombrar aquello de que carecíamos y que enriquece nuestro vivir práctico o mental, debe ser acogido con satisfacción e incluso albórbola. A veces es un matiz lo que se importa: basta con que añada un nuevo rasgo que permite ordenar y entender mejor el mundo, Así, *poster* parece a muchos que suple torpemente a *cartel*, pero carecen de razón porque el primero no tiene intención inmediatamente anunciadora: se cuelga con

intención artística, ideológica, erótica..., pero carece del reclamo anejo al cartel. Se trata, pues, de un buen neologismo por aportar una nota distinta y útil.

Pero hay algo común a estos artículos: la denuncia de los desmanes que la voz pública comete con nuestra lengua por falta de instrucción idiomática, de atención a los usos mejores y al sentido común muchas veces. Ello determina el ultraje al idioma en lo que se habla o se escribe, y la creencia de que todo sirve indiscriminadamente, incluso las invenciones, las alteraciones de lo comúnmente admitido y las ocurrencias. Abundan tanto, que constituyen una radiografía desoladora sobre la aptitud de muchos que tienen el idioma como instrumento principal de trabajo para usarlo: periodistas, abogados, profesores, políticos, publicitarios... Lo cual tiene efectos perversos sobre el habla —y la inteligencia— común, ya que frecuente y abundantemente anulan distinciones importantes (entre *oír* y *escuchar*, por ejemplo, o entre *deber* y *deber de*), o difunden vulgarismos insoportables (*alante* por adelante), o reducen pavorosamente nuestro caudal léxico (*terminar*, *acabar*, *concluir*, *dar fin*, palabras sacrificadas a *finalizar*; o *empezar*, *comenzar*, *emprender* y tantos verbos más, desalojados por *iniciar*); *súper*, formante insufrible y estúpido de los nuevos superlativos; confusiones horripilantes (*humanitario* por *humano*) y tantos hechos más. A todo esto se refiere lo que escribo a continuación, con una particularidad: los errores o dislates individuales aparecen sólo como excipientes irónicos o humorísticos de cuestiones relativas a la lengua común. Los inagotables disparates de hablantes aislados pueden ser ocasión de regocijo o de pena:

insisto en que no constituyen objeto principal de los «dardos», cuyo núcleo pretende ser un hecho idiomático que afecta a todos o a gran parte de los hablantes. Y ello sin la pretensión de que mis críticas o propuestas sean indiscutibles; al contrario, como he dicho, desean suscitar un contraste con lo que parecen a los lectores, en conformidad con ellas o disintiendo. En definitiva, sólo quieren ser acicates que estimulen la reflexión continua acerca de nuestros usos del español: al fin, una gimnasia mental permanente como prevención contra la ruina neuronal.

F.L.C.

1999

Buenas madrugadas

En nada me siento menos imperito, gracias al insomnio, que en radiofonía nocturna: la palabra es mi oficio, y me interesa más que, verbigracia, los motines estruendosos del rock o de la salsa. Da gloria oír la voz humana en faenas noticiosas, tertulias poliopinantes, señuelos de médicos taumaturgos (en un anuncio, el propio san Pedro afea los juanetes a un nuevo huésped celeste), de videntes sagaces (si el consultante se acoge a lo esotérico) o de psicólogos al minuto (si opta por la ciencia), y, muy en especial, cuando el comentarista la emplea para conducir por la jungla del deporte. Va creciendo el interés cuanto más se penetra en la noche: algunas emisoras ceden entonces su antena a espontáneos comunicantes que, amparados en el anonimato de la llamada, cuentan lo que ni el cura oye (*escucha*, prefieren los radiohabladores) en su receptoría de pecados.

Allí dan noticia de sí adictos a una u otra adicción, adúlteros, dipsómanos, jugadores, mansos, desventurados, arrebatados, suicidas, discrepantes de su sexo y del contrario, putas, cursis, enfermos, coñones, putos, engañados, cándidos y cándidas supervivientes de remotas edades que creen en el celestineo de hechizos o ensalmos:

se trata de un censo no pocas veces conmovedor. En ocasiones, son simples perplejos. Llama, por ejemplo, una muchachita sollozante: al llegar a casa sin ser esperada, ha hallado a papá laborando en tajo ajeno: ¿se lo dirá a su madre? Un incógnito acude a su pregunta: encontró a mamá con su taller ocupado, no se lo dijo a papá y hay paz en el hogar; el mutismo le parece aconsejable. Pero he aquí que cuando fascina tan exacta simetría, irrumpe un malasombra contando que su desconcierto fue mayor, porque sorprendió a su abuelo alborozándose en el lecho con un mozo. Se lo calló en casa, y el viejo le ha quedado en deuda para siempre; se la está cobrando en metálico a plazos frecuentes. Aplíquese, pues, la llorona, y que calle y exprima.

Cuando estas confidencias empiezan a llegar —algunas sólo son aptas para mayores recalcitrantes o para deficientes— no pasa mucho de la media noche; algunas emisiones, pocas aún, van diciendo adiós a su audiencia deseándole *¡Buenas madrugadas!*; y hay programas, tampoco muchos por el momento, por fortuna, que salen al encuentro de sus oyentes con el mismo gentil saludo: *¡Buenas madrugadas!* La nueva finura, repetida una y cien veces por sus adictos, hierde la noche como una lluvia de rejonos clavados en el idioma: *¡Buenas madrugadas!* Quien oye sintiendo sufre calambres al comprobar cuánto crecen la anemia idiomática y la anomia en muchos hablantes obligados por su profesión a respetar la ley común. Ni siquiera muestran sentido de lo risible.

Es claro el origen de este reciente espantajo: se ha formado analógicamente sobre el modelo de *buenos días*, *buenas tardes* o *buenas noches*. Y no resulta más difícil

percibir su causa: es permanente la incertidumbre al señalar las horas nocturnas posteriores a las doce. Vacilamos entre *la una de la noche* o *la una de la mañana*, incluso para referirnos a *las dos* o a las demás. Pero es muy posible que, con énfasis, hablemos también de *la una*, *las dos* o *las tres de la madrugada*: esto último dirá quien se queja por trabajar hasta esas horas, y lo preferirán los padres escamados con el tardío regreso de sus crías al nido; pero no hay duda de que *las cuatro* o *las cinco* pertenecen ya a la madrugada. Hasta más o menos las seis, en que empieza la mañana (aunque tampoco extrañarían *las cuatro*, *las cinco* o *las seis de la mañana*).

En general, las perspectivas del hablante deciden la elección. A quien no le urge el sueño se le oirá contar que estuvo leyendo hasta *las dos* o *las tres de la noche*; pero otros preferirán acortarla, como esos padres quejosos de que la prole no se recoja antes de *las dos* o *las tres de la madrugada* o *de la mañana*. Con estas últimas referencias, la mente tiende hacia la aurora; si fondea en *de la noche*, puede correr el reloj casi hasta que sale el sol. Recuerdo cuánto me desmoralizaba en la Europa norteña ir por la calle a la una o las dos —para mí, *de la noche*—, y ya estaban los cargantes pajaritos gorjeando, trinando y piando al día que se desperezaba por los tejados: me convertían en libertino, cuando sólo acababa de cenar —a la española con algo de charla—, y me retiraba buscando la dosis ordinaria de cama.

Pero una cosa es el complemento gramatical de una hora determinada, en que tan flexible se muestra nuestro idioma, al igual que el de otros vecinos, y cosa bien distinta el sustantivo *madrugada*, firme en todos para nombrar

sólo el amanecer, el alba o la alborada, y que en modo alguno remite a las altas horas oscuras en que esas emisiones radiadas acontecen; varias de las cuales, por cierto, acaban justamente cuando empieza la amanecida. Con esa firmeza significativa, la locución *de madrugada* significa exclusivamente, diccionario en mano, ‘al amanecer, muy de mañana’.

Pero las innovaciones en el idioma siempre obedecen a una necesidad, sea o no necesidad. De hecho, el cambio de costumbres es el inductor de *¡buenas madrugadas!* Hasta no hace mucho, ¿era preciso saludar durante las horas comprendidas entre las *buenas noches* y los *buenos días*, dedicadas por casi todo el mundo al sueño y sus aledaños? No, por supuesto, con una precisión que exigiera soluciones al idioma. Hoy el noctambulismo se ha hecho casi multitudinario; el juvenil, por ejemplo: aunque a efectos radiofónicos cuenta poco, ha creado una enorme noche adolescente que engloba la salida del sol. Y hay la creciente legión de quienes trabajan a esas horas transportando, vigilando, sufriendo, curando, fabricando, adicta a la radio o, como yo, aguardando el sueño mientras oye (repito: ¿debería decir *escucha?*), que somos destinatarios de estas emisiones lunares y de sus saludos. De paso, algunos saludadores se distinguen de quienes radian a recién cenados: ocupan, en efecto, un trecho temporal bastante bien definido —el correspondiente al sueño de los más—, al cual regatean el nombre legítimo; porque es, ni más ni menos, un trozo *de la noche*, como el que le precede (o, ya, *de la mañana*, si así gusta). Y se desea afirmar la diferencia también en el lenguaje, y, para ello, usan algunos esa cortesía tan cómica,

potenciada por el falso plural, *madrugadas*. Pero ¿qué necesidad hay de ella? Bastaría un *buenas noches* al empezar, y un *buenos días* al terminar, si la aurora está próxima; los zalameros podrían anteponer a *días* otros adjetivos más sugestivos: *risueños*, *placenteros*, *triunfales*, *encantadores...*, qué sé yo. O, mejor, no desear nada, con un escueto *hasta mañana*. A mí, a la una y media o a las dos, eso de *buenas madrugadas* me resulta inquietante —como las avecillas germanas— porque sugiere que la noche se me ha pasado en blanco y que está llegando el quiquiriquí.

Se trata, por cierto, de un plural muy curioso y frecuente en español. Aparece en las *buenas noches* (o *días* o *tardes*), en las *Pascuas felices* (nadie piensa que son tres) o en las *Navidades*; también en muchas formaciones semánticamente audaces o morfológicamente raras (*cantamañanas*, *pintamonas*, *ablandabigos*, *a sabiendas*, *de mentirijillas*, *entendederas*, *parar mientes...*: ¡son tantas!). Y en general, ayuda a constituir texturas idiomáticas anómalas, es decir, creadas fuera de las normas comunes de nuestro sistema, y a incrustarlas, por su faz singular, en la memoria del hablante. Entre ellas, saluciones rituales y felicitaciones como las antedichas, a las cuales aspira a sumarse la recién nacida, y que mi idioma, el que uso desde siempre, por mucho plural que se le ponga y mucho trémolo oral, se propone excluir. Dígase cualquier cosa menos ésa, y déjese enseguida el micro a los espontáneos, que, a veces, alumbran criaturas asombrosas, como aquella pobre mujer, hace pocas noches, nada sumisa a las tundas del bestial marido: se estaba *desvorciando*.

El rollo

Es muy frágil el suelo de los enamorados, ya sean de larga duración o de usar y tirar.

Idiomáticamente quiero decir: nunca habían estado tan inseguros los modos de nombrarlos. Fue firme durante siglos el vocablo *amante*, tomado al latín en el siglo XV, directamente o mediando el italiano. Era la persona que amaba, normalmente el hombre; la mujer era la *amada*. El término no enjuiciaba la calidad del amor: iba desde el de baja y sustanciosa estofa hasta el místico. Por eso, los diccionarios antiguos definen *amante* sólo como ‘quien ama’.

Pero la terca sospecha de que el manto de *amante* cobijaba algo más que ojos y ternura, desambiguó el vocablo dejándolo en cueros. Dos siglos más tarde, con la valiosa ayuda del francés, idioma siempre golfo, se había consolidado en español para designar al hombre o a la mujer (rey y reina incluidos) que, de modo casi institucional, compartían persistente lecho, y techo a veces, fuera del matrimonio. La Academia tuvo que rendirse a la evidencia, y, en 1899, con el aval probable de algunos de sus miembros, reconoció *amante* como voz sinónima de *querido*, *-a*. Pero ésta es otra historia y la misma.

Porque ¿no es lógico llamar también *querido* o *querida* a quien se quiere? Y así se dijo durante siglos, sin rijo necesario. Un personaje de Torres Naharro llamaba su *querida* a la virtuosa y alegórica Virginitad, en 1505. Cuando algún pastor de la *Diana* (1559), se creía en el edén gozando (sic) de su *querida* no es que anduviera esbozando un gañancillo: estaba cambiando impresiones con la zagala sobre la dulce belleza del valle. El gran Aldana elogia en 1560 a una monjita «a quien Dios por su *querida* quiso». En cambio, el deslenguado Cide Hamete narra en 1605 cómo, yaciendo don Quijote en su fermentado lecho de la venta con el pensamiento abismado en Dulcinea, le cayó en los brazos Maritornes que, habiéndose concertado con un arriero en aquel camaranchón, iba «buscando a su *querido*».

Y de ese modo, esta voz y *amante* se hicieron gemelas en ambas orillas del idioma, con un distingo: las gentes bien comidas, era lo normal, podían tener *amante* y también *querido* o *querida*; los pobres, sólo esto último, aunque a mucha honra. Un peón *amante* de una planchadora hubiese resultado exótico: eran *queridos*.

Ocurre, sin embargo, que las dos palabras viven pero jubiladas desde hace unos treinta años; se puede decir que poseen *amante* un magnate o una dama de sangre antigua, ambos maduros. Pero el término le está casi vedado, si no se quiere echar énfasis, a quien es joven o, sin serlo mucho, tiene un IRPF negativo o de risa. A veces, el vocablo enfatiza la pericia en el empalme, y entonces sí, en un nivel culto se admite calificar a alguien de buen o buena *amante*, incluso al esposo o a la esposa que lo afrontan con arte encomiable.

Pero el trajín que se da ahora en el vaivén amoroso va cambiando de prisa estas y otras antiguallas, y manipulando tantos términos en el viejo arte del ligue, que bien podría darse un doblón por describirlos. Empezando por el *rollo*. Fue en su origen cualquier cosa cilíndrica o de forma tubular; rollo por excelencia era el tedioso atadizo de autos judiciales y, tal vez, mediando la abogacía, el vocablo se aplicó a lo que se desarrolla prolija y aburridamente: novela, conferencia, película, concierto, sermón, partido, corrida: todo. Por otras inducciones pudo producirse también ese significado de ‘cosa y hasta persona pelma’. Así, *daban la lata* los soldados viejos que, en el XVII, andaban de despacho en despacho mendigando compensación a sus cicatrices y a las proezas que advertaba aquel *rollo* de documentos metidos en un tubo de *lata*. De ahí pudo venir también la equivalencia hoy perfecta de *latazo* y *rollo*.

Pero esta palabra significa también una doctrina, una creencia, una conspiración, una afición, cualquier cosa que cuente con adeptos o practicantes que están en ello. Lourdes Ortiz usó solventemente múltiples y vagas acepciones de *rollo* en su novela *Luz de la memoria* (1976), cuando aún eran meros vagidos o menores de edad. El vocablo, en esos contextos, carece de valor peyorativo y, así, una persona puede tener *buen* o *mal rollo* según le funcione la química. Pueden tenerlo dos personas o grupos o lo que sea, según sea su entendimiento. El amor en sus variadas degustaciones, tanto duraderas como de trámite, es también un *rollo*, de tal modo que si dos personas, mediando cariño, sexo o ambos imanes, empiezan el trato encamado *se enrollan*; y *están enrolladas*

si lo continúan. Antes mantenían un *lío* o se *liaban*, que era, según el parecer áspero de la Academia, ‘enredarse con fin deshonesto dos personas; amancebarse’. Y es que *tener un enredo* y *enredarse*, hoy también en retirada, sinónimos de *tener un lío* y *liarse*, están siendo expulsados del uso por el nuevo *enrollarse*.

Como he dicho, el *rollo* actual entre sexos es complicadísimo y de imposible descripción aquí. Los *novios* de antes ya no lo son claramente: esa situación equivale también a la de los queridos. Es anejo al oficio de indecentes famosos y famosas de televisión, archicasados por lo regular, que mantienen, truecan y negocian noviazgos infinitos. Muchos matrimoniados de juzgado o de iglesia, talludos incluso, se refieren uno al otro como *mi chico* o *mi chica*, pareciéndoles eso de *esposo* y *esposa*, *marido* y *mujer* demasiado formal y administrativo. Muy abundantemente, el hombre o mujer de cualquier edad llaman *mi pareja* a quien está enrollado con ellos, sea homo o sea heterosexual, con lo cual, a falta de datos complementarios, deja dudoso acerca de quién comparte su lecho. *Tener una relación* remite siempre al jadeo. Y los amadores muy tiernos, de aquellos que Góngora llamaba casquilucios, hablan a lo platense de *mi pibito* y *mi pibita*. Por cierto, ya apunta en la parla jovencísima que, para confesar la atracción irresistible que alguien ejerce, se dirá sin más aclaraciones que *pone*: ese tronco o esa jay *me pone*. Y basta.

Casos todos ellos de reducción del lenguaje y, por tanto, de la mente. El ápice de tal merma era *tema*; se le suma *rollo*. Son voces que ahorran el esfuerzo de diferenciar; en *rollo*, con clara deliberación, sustituyendo una

vieja hipocresía por otra. Gran signo de un tiempo en que tales suplantaciones son normales; quizá la menos dañina, sin dejar de ser hipócrita, es esta que acontece en el ámbito embrollado y placentero del amor.

Supertriste

Leído en la carta de una lectora a su revista: «Hoy hace un año que murió mi Candy y estoy *supertriste*». Candy era una graciosa iguana, y eso podría haberlo escrito también un lector, porque *super-* es unisex; y ambos, idénticamente, podrían haber dicho que estaban *superaflijidos/as* o *superacongojados/as* o *superfastidiados/as*, si hablaban en versión de cámara y si transcribimos tales sentimientos con repugnante estilo de circular ortosexual. Esa tumescencia verbal ataca a millares de ciudadanos veinteañeros, y a una multitud talluda contagiada de su inmunodeficiencia idiomática. Estalla con vigor en los viernes de litro y jarana, pero no sólo: también brota en muy amplios sectores del «qualunquismo» hispano, desde el mercadillo a la boutique, y hermana a los famosos de tele y magacín con quienes los airean con provechosa simbiosis.

Y así, *super-* puede crecerle a cualquier adjetivo (o sustantivo) y hay miles de hablantes que se sentirían desvalidos si no ornaran sus calificaciones con ese bubón: su ligue les parece *superguay*, gozan de una pareja *muy supercálida*, y aquella lectora halló a Candy en el terrario donde dormía *supermuerta*. El ánimo de tales dilatadores

endilga al adverbio el añadido de moda y se sienten *superbien* o *supermal*; tal vez aún no, *superregular*. Es el último estadio a que ha llegado por ahora la preposición *super*; que había sido fecunda en latín, ayudando a nacer palabras con el significado de ‘encima de’ o ‘por encima de’. Muchas de ellas perecieron en su viaje a los romances, pero las sobrevivientes fueron tratadas con confianza, y *supercilium*, por ejemplo, se hizo *sobrecejo* en castellano, o *surcil* en francés antiguo.

Inquietantes sabios medievales volvieron a tirar de tal formante para señalar ‘superioridad no espacial’, en docenas de voces como *superabnegativus* de Boecio, *superflexus* de Sidonio, o, gala de aquel apogeo, *supereminentissimus* de san Fulgencio; pero eran indigestibles para el vulgo rudo que, por entonces, ya andaba haciendo picadillo la lengua de Horacio.

Hasta el siglo XVIII, el español sólo había acogido unas pocas voces de ese legado sabio, traídas del latín por los doctos: *superabundante*, *superbísimo*, *superficial*, *superfluo*, *superior*... En 1803, el Diccionario académico había incorporado otra como ellas, *supereminente*. Y hasta 1884 no abre un artículo para la «preposición inseparable» *super*; a la que, entre otras aptitudes, le reconoce la de significar ‘grado sumo’; lo ejemplifica con el ya dicho *superabundante* y una palabra moderna: *superfino*. Era, sin duda, un galicismo de moda, que, por ejemplo, aparecía aquel año en *La Regenta*, y que se estaba empleando para calificar a las gentes de sangre delicada y a sus cosas, por ejemplo, a los lenguados pequeños —no mayores de diez centímetros— que el cocinero Muro exaltaba en 1894 como *superfinos*.

Cuando esperaríamos una creciente presencia lexicográfica de estas formaciones romances paralela al uso, sólo hallamos, en 1970, la inclusión de *super-* como formante castellano (y ya no como «preposición impropia»), indicio claro de que su presencia iba haciéndose activa y no podía dejar de reconocerse. Pero en el Diccionario no aparece ninguna voz de las que se usaban ya, dado el criterio de que, una vez consignados un constituyente léxico y su significación, no se reseñen, por economía de espacio, las voces a las que sólo aporta aquel significado; así, si se definen *super-* y *fino*, huelga *superfino*. Sin embargo, aún sigue residual en el infolio, y continuó ejemplificando, él solo, el uso superlativo del formante *super-*, hasta que, en 1992, se añade otra formación moderna: *superelegante*. Era la consagración oficial de su pujanza.

Y es que, si no Malherbe, había venido tío Sam, con su afición y falta de respeto al latín, y *super-*, pegado con el mayor desparpajo a nombres y adjetivos, le llovía a Europa desde los alrededores de 1940. Servía de arranque a una enorme cantidad de vocablos, a los que aportaba la idea de que la sustancia o cualidad con que aparecía desposado excedían mucho de lo normal (el *superhombre* nietzscheano había sido muy jaleado), de que eran «muy grandes», o de que poseían magnitudes no comunes (*superpetrolero*, *superpotencia*, *supercombustible*, *superbombardeo*, *supersónico*, *superconductor*, *supersíntesis*...).

Y así, *super-* se convirtió en arma imprescindible de la publicidad oral y escrita, que hacía de una película una *superproducción*, de un gran mercado un *supermercado* (luego, un *súper*), de un equipo un *supercampeón*, de un espía de celoide un *superagente*, de una gasolina con más octanos un

supercarburante (más tarde, la *súper*); y proponía a la avidez general *estufas supercatalíticas*, *cremas superhidratantes*, *compresas superabsorbentes*, *desodorantes superleales* y *gomas supersensitivas*, mientras surgían abruptamente *superpolicías*, *superjueces*, *superministros* y *superministras*, *superlíderes*: pocos adminículos enfatizadores han mostrado mayor potencia genésica. Con más renuencia y parsimonia, el prolífico constituyente va apareciendo en textos literarios: *superintelectual* (Pemán, 1970), *superlleno* (Sábato, 1974), *superadulto* (Onetti, 1979), *superedípico* (García Hortelano, 1984), y ya con impetuoso vigor, mil más.

Pero a lo que estamos, y que es la apropiación insaciable de *super-* por los hispanos, a remolque del inglés como por los franceses o italianos, y que permite eludir otras maneras más refinadas de expresar la elación o exaltación de cualidades. El analfabetismo más fanático se ha adueñado entre nosotros de ese truco exagerador para calificar y para liberar buena parte de la sobreexcitación nerviosa que, en esta época, aqueja a toda la zoológia bípeda, necesitada de expresarlo todo en su ápice vibrante. Quizá, algún chavalillo/a, en la actual nueva edad oscura, esté diciendo ya, a lo san Fulgencio, que su pareja (¿y parejo?) es *supercalidísima/o*.

Pero, al lado de *super-*, acechan *hiper-* y *mega-*. Pregunto a mi nieta Ana —ocho años—, qué prefiere, si decir que la película *Pocahontas* es *superbonita* o que es *hiperbonita*. Resuelve sin dudarle: *hiperbonita*; y explica el porqué: «Es más chulo». Su hermano —seis años— asiente: «Chola más». «Querrás decir que mola»: «No: digo que chola». Otro nieto, su primo, ocho años, ratifica: «Sí, chola». He ahí el porvenir.